

Contrainsurgencia: Corazones, mentes y “ventanas de oportunidad”

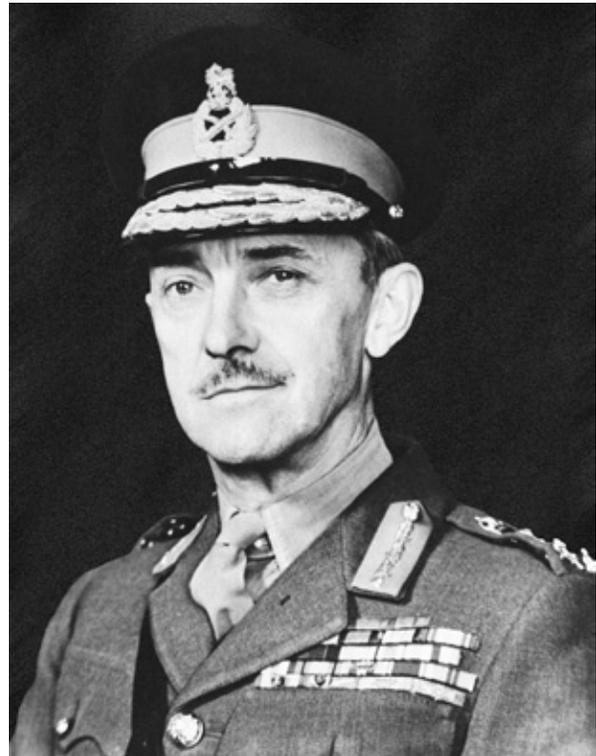
José Luis Calvo Albero, Ejército de Tierra Español, Teniente Coronel, Infantería, DEM

Tomado de la revista Ejército de tierra español, número 827, marzo de 2010

LAS DIFICULTADES EXPERIMENTADAS por las fuerzas estadounidenses en Irak y por la OTAN en Afganistán, han hecho renacer el interés por la contrainsurgencia, moribundo en los años 90. De nuevo ejércitos muy potentes se han visto desafiados con éxito notable por grupos insurgentes de capacidades aparentemente despreciables. Y de nuevo se han cometido los errores clásicos; dejarse arrebatar la iniciativa, no prestar la atención debida a ganar el apoyo de la población o ignorar los aspectos culturales del conflicto. Además, nuevamente se ha demostrado que la insurgencia puede ser derrotada, o al menos reducida a la marginalidad, si se reacciona con energía, se fractura la habitualmente débil cohesión de los insurgentes y se movilizan fuerzas locales. Parece increíble que, con todo el bagaje de conocimientos en contra-insurgencia adquiridos en los años 50 y 60 del pasado siglo, se vuelvan a repetir una y otra vez los mismos enfoques defectuosos.

Pero aproximarse al problema de la insurgencia y la contrainsurgencia se asemeja con frecuencia a penetrar en un territorio oscuro y resbaladizo, plagado de mitos y leyendas, que hunden sus raíces en estratos muy antiguos de la sociedad. La fascinación por la rebelión del débil contra el fuerte, y la admiración que causa el combatiente que bate con medios rudimentarios a adversarios poderosamente armados forman parte de nuestro subconsciente. Y en ocasiones provocan un sentimiento de derrota anticipada tanto en las fuerzas que deben oponerse a la insurgencia como en la opinión pública que debería apoyarlas.

De hecho, la contrainsurgencia ha provocado siempre un sentimiento de malestar en la mayoría de los militares profesionales que los impulsa a desentenderse del asunto en cuanto se les presenta



Mariscal Gerald Templer

la oportunidad. Esto quizás explica por qué se repiten sistemáticamente los mismos errores, campaña tras campaña, pese al enorme volumen de experiencia adquirida, pues la insurgencia es tan vieja como la propia guerra.

Entre los muchos conceptos relacionados con la contrainsurgencia que se han convertido en leyenda, se destaca especialmente el que propugna “ganar los corazones y las mentes” de la población civil en la zona donde actúa la insurgencia. En nuestros días esto se ha convertido en un principio doctrinal básico; uno de esos axiomas que nadie discute, y cualquiera que lo intente se expone a recibir severas miradas de desaprobación. Sin embargo, cualquier investigación sobre su aplicación real en operaciones como mínimo siembra ciertas dudas. El concepto es relativamente

moderno, con frecuencia se ha entendido mal, pocas veces ha llegado a aplicarse como una línea estratégica coherente y, cuando se ha hecho, no ha sido siempre con el enfoque que se le da en la actualidad. Además, los resultados obtenidos han sido muchas veces dudosos, cuando no claramente negativos.

El concepto fue utilizado por primera vez en el contexto de la denominada “emergencia malaya”, en los años 50 del pasado siglo. Los británicos se enfrentaban, en su colonia de Malasia, a una insurgencia comunista apoyada por la minoría china del país, y también indirectamente por la República Popular China e Indonesia. El mariscal Gerald Templer, que dirigió la campaña a partir de 1951, pronunció una frase que se haría famosa: “la respuesta no está en introducir más tropas en la jungla, sino en los corazones y las mentes de la población”.

Lo cierto es que la forma en la que Templer y otros mandos militares intentaron ganarse los corazones y las mentes de la población malaya, especialmente de la minoría china, sonaría un tanto alarmante hoy en día. Unas 500.000 personas fueron forzadas a abandonar sus poblados y refugiarse en poblaciones fortificadas, donde las fuerzas británicas y malayas podían garantizar que no tuviesen ningún contacto con los insurgentes.

El método de provocar desplazamientos forzosos de población se ha utilizado muchas veces en las campanas de contrainsurgencia, casi siempre con éxito, aunque casi siempre también a costa de inmensos sufrimientos humanos. Fue el caso en nuestra guerra de Cuba, en la que el general Weyler casi aniquiló a la guerrilla de la zona occidental de la isla con este método, o cuando, poco después, los propios británicos lo emplearon en su guerra contra los Boers. Pero en el caso que nos ocupa, el desplazamiento se realizó de una manera muy eficiente. Tanto que, aunque se produjeron las iniciales y lógicas protestas, la población terminó por encontrarse más a gusto en sus nuevos asentamientos que en los originales. Influyó mucho en ello que se les concediera el derecho a la propiedad de la tierra, algo de lo que la minoría china estaba previamente excluida.

El caso es que, dado que gran parte de las zonas donde se refugiaba la guerrilla comunista

quedaron despobladas, esta fue languideciendo hasta extinguirse hacia 1960. A partir de entonces, la estrategia aplicada en Malasia se consideró modélica para cualquier otra campaña de contrainsurgencia.

Hay que reconocer que la aplicación de esa estrategia de corazones y mentes no se limitaba a los meros desplazamientos de población para aislar las guerrillas. En realidad su esencia consistía en demostrar a la población malaya, incluida la marginada comunidad china, que su futuro se mostraba más prometedor en manos de las autoridades británicas, y del posterior gobierno autóctono, que del régimen que pretendían imponer los insurgentes.

Para eso hacía falta mostrar soldados que sólo supondrían una amenaza para quien se mostrara hostil, una administración eficiente y una progresiva transferencia de las responsabilidades de la potencia colonial a las autoridades locales. En una imagen sencilla, pero clarificadora, la población debía ver que cada vez había menos soldados británicos y más policías malayos, y que ese proceso se correspondía con un aumento en la estabilidad y prosperidad de la vida cotidiana.

Las dificultades experimentadas por las fuerzas estadounidenses en Irak y por la OTAN en Afganistán, han hecho renacer el interés por la contrainsurgencia, moribundo en los años 90.

Las fuerzas estadounidenses intentaron repetir el modelo en Vietnam, e incluso contrataron a uno de los estrategas británicos de la Emergencia Malaya, Robert Thompson, como asesor. Se intentó aplicar la política de reasentamientos forzosos pero su ejecución fue desastrosa; y de desastre podrían calificarse también los intentos por aumentar la cercanía y la comunicación entre



El General David H. Petraeus, Ejército de EUA, Comandante de la Fuerza de Asistencia de Seguridad Internacional, se reúne con niños afganos de la localidad en el mercado Shahdarak en Kabul, Afganistán.

las fuerzas estadounidenses y la población local. La inmensa mayoría de la población se identificaba mucho mejor con un guerrillero del Vietcong que con un soldado estadounidense, y tenía mucha más confianza en lo que podía ofrecerle la eficiente administración de los insurgentes, que el corrompido régimen de Saigón, o los incomprensibles e imprevisibles estadounidenses.

En realidad, las condiciones de ambos conflictos fueron muy diferentes. En Vietnam no se trataba de reasentar a cientos de miles de personas, sino a millones; los británicos se enfrentaban en Malasia a una insurgencia más bien débil, y previamente marginada, pues la mayoría de la población veía con muy malos ojos a la minoría china, y mucho peor a los guerrilleros. Y además, en Malasia existía una administración británica, que facilitaba la integración de esfuerzos civiles y militares, mientras que en Vietnam los mandos estadounidenses tenían que lidiar con el corrupto gobierno local. Por no hablar de la ventaja de que los soldados británicos pudieran comunicarse en inglés con gran parte de la población y

las fuerzas de seguridad locales, mientras los estadounidenses intentaban entenderse por señas con los campesinos vietnamitas.

Probablemente en esta comparación radica el punto clave para comprender las limitaciones de la estrategia de “corazones y mentes”. En algunas circunstancias, sobre todo cuando el núcleo de la fuerza contrainsurgente es extranjera y extraña, su aplicación es muy limitada. Las diferencias culturales son de tal magnitud que impiden la comunicación, y mucho más la confianza, entre población local y fuerzas militares, por mejor voluntad que estas últimas intenten mostrar. Además, la presencia de soldados extranjeros en territorio propio provoca siempre una sensación de rechazo, que puede convertirse en insoportable si se prolonga durante años sin consecuencias positivas para la población, si el número de soldados aumenta en lugar de disminuir, o si su comportamiento no se considera correcto.

Sin embargo, la estrategia puede funcionar cuando el peso de la contrainsurgencia está en manos de fuerzas locales, que poseen la

capacidad para comunicarse con la población, conocen el entorno y pueden presentarse además como representantes de un gobierno autóctono que supone una esperanzadora alternativa a los insurgentes. Este esquema funcionaba también en gran medida en los conflictos coloniales de los años 50 y 60, en los que las fuerzas de la metrópoli tenían pocos problemas para interactuar con la población local y para aplicar lo que hoy denominaríamos “enfoque integral”, beneficiándose de la administración colonial. Esto explica el triunfo británico en Malasia, y también que un país pequeño como Portugal pudiese afrontar con razonable éxito hasta tres campanas simultáneas de contrainsurgencia, en escenarios situados a miles de kilómetros de distancia el uno del otro.

Por el contrario, las fuerzas estadounidenses en Vietnam nunca pudieron acogerse a esos beneficios, y perdieron muy pronto la batalla por los “corazones y las mentes” frente al eficiente y disciplinado Vietcong. Algo similar ha ocurrido en Irak y Afganistán en la última década, frente a grupos insurgentes aparentemente menos formidables. Las tropas estadounidenses y sus aliados se han encontrado involucrados en campañas de contrainsurgencia que no buscaban, y que han debido afrontar en las peores condiciones imaginables: en un territorio extranjero, con una población de cultura radicalmente distinta y con una administración civil desmoronada o inexistente.

En estos conflictos se habló desde el principio de la estrategia de “ganar corazones y mentes”, pero por diferentes motivos su aplicación fracasó en gran medida. En el caso de las fuerzas estadounidenses hubo un exceso de optimismo acerca de la actitud de las poblaciones iraquí y afgana. Se esperaba que, por el hecho de haber sido liberadas de regímenes perversos, ambas recibieran a las fuerzas de ocupación con los brazos abiertos. Se descuidaron, por tanto, los aspectos materiales de esta estrategia, que a corto y medio plazo son los decisivos. No había planes viables de construcción, ni gobierno organizado en el exilio, ni dinero para mantener y reparar los servicios básicos o reorganizar las fuerzas de seguridad.

En consecuencia el concepto de “ganar corazones y mentes” se interpretó en sus

términos más prosaicos, que podrían resumirse en sonrisas, apretones de manos y reparto de golosinas entre la chiquillería. Cuando los iraquíes comprobaron que había muchas menos horas de suministro eléctrico, aumentaba exponencialmente la posibilidad de ser atracado por las calles y disminuía en la misma medida la posibilidad de encontrar trabajo, comenzaron a mostrarse muy poco impresionados por la recuperación de sus libertades, o por las sonrisas de sus libertadores.

Por si fuera poco, incluso las sonrisas y los caramelos desaparecieron en gran medida en cuanto se produjeron los primeros ataques de la insurgencia. La obsesión por la protección de la fuerza, que quizás con el tiempo sea considerada como la principal causa de la decadencia militar occidental, estableció un auténtico muro de precauciones, incidentes y malos modos entre los soldados y la población civil.

En Afganistán el proceso fue similar y la estrategia de “corazones y mentes” terminó por fracasar por las mismas razones, aunque el proceso fue mucho más lento. La población afgana se encontraba en un estado tan mísero que difícilmente podía imaginar condiciones peores a las que ya sufría en 2001. La llegada de los soldados occidentales fue recibida con alegría, no porque trajesen con ellos la libertad y la democracia, sino porque existían fundadas

***...la contrainsurgencia
ha provocado siempre un
sentimiento de malestar en
la mayoría de los militares
profesionales que los impulsa
a desentenderse del asunto
en cuanto se les presenta la
oportunidad.***

esperanzas en que podían mejorar el paupérrimo nivel de vida local. Como ocurrió en Irak, la estrategia de “corazones y mentes” se basó

en ideas en lugar de en hechos materiales y, aunque la población afgana esperó durante años una mejora realmente perceptible en sus condiciones de vida, terminaron tan cansados y decepcionados como los iraquíes.

En ambos conflictos se produjo finalmente una reacción tardía, que en Irak ha dado resultados razonablemente positivos, y en Afganistán está todavía en curso. En ambos casos se recuperó el enfoque correcto, o al menos el más realista, en la aplicación del concepto de ganar “corazones y mentes”. Una de las primeras medidas ha sido renunciar a la protección de la fuerza como elemento prioritario en todas las operaciones. Por el contrario, tanto el general Petraeus en Irak como el general McChrystal en Afganistán han puesto el acento sobre la protección de la población. En ambos casos estas medidas han provocado un incremento de bajas propias, pero también han conseguido atenuar la imagen negativa de los soldados extranjeros ante los civiles locales.

Pero el elemento esencial común a ambas campañas de reacción contra la insurgencia es que se han planteado con el objetivo de conseguir una “ventana de oportunidad”, que pueda aprovecharse para transferir con rapidez, pero también con eficacia, el control de la seguridad de las fuerzas multinacionales a las fuerzas locales. En resumidas cuentas, en ambos casos se ha reconocido que la presencia prolongada de fuerzas extranjeras es insostenible, y que la estrategia de “ganar corazones y mentes” se degrada cuando se aplica una reiterada dinámica de escalada. La población civil sólo soporta a las fuerzas extranjeras por un tiempo limitado, si comprueba que son útiles para mejorar su vida cotidiana y si su número decrece progresivamente en lugar de aumentar.

Ya que tanto en Irak como en Afganistán se ha terminado por aplicar este enfoque, tras varios años en los que la situación se ha degradado considerablemente, la pregunta obvia es: ¿Por qué no se puso en práctica desde el principio?

Pueden encontrarse dos respuestas para ello. La primera ya se ha apuntado más arriba. En la cultura militar estadounidense existe una tendencia a sobrevalorar los efectos positivos en la actitud de la población cuando es liberada de un régimen opresor. La imagen del soldado

estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, siempre sonriente y generoso, recibido con entusiasmo por la población liberada, está grabada con fuego en los corazones y mentes de los militares estadounidenses. No cabe duda de que esos efectos positivos existen, y también se produjeron en cierta medida en Irak y Afganistán. Pero siempre son de corta duración, y se desvanecen si no van acompañados de una mejora real en las condiciones de la vida cotidiana. Si Alemania y Japón hubiesen entrado en los años 50 sumidos en la miseria, no cabe duda de que también se habrían creado las condiciones para la aparición de movimientos insurgentes.

Pero la segunda respuesta, aunque más prosaica, es quizás la esencial. Sencillamente, se intentó diseñar conflictos que supusieran una carga económica limitada. Por tanto, ni se desplegaron inicialmente suficientes tropas, ni se reservaron fondos suficientes para acometer la reconstrucción y el desarrollo, ni se prestó la debida atención a la formación de fuerzas locales o a la mejora de las existentes. En Irak incluso se disolvieron estas últimas.

Paradójicamente, el afán inicial por el ahorro se ha convertido en un auténtico derroche de fondos, pues, como advertía Liddell Hart, las guerras más costosas son las que se alargan interminablemente sin obtener resultados. Finalmente, las estrategias de reacción aplicadas sobre el terreno por Petraeus y McChrystal, han obligado a realizar el gasto en fuerzas, fondos y voluntad que no se quiso afrontar en un principio, sino después de que el conflicto se degradara durante varios años desperdiciados.

La lección aprendida de todo esto es que quizás haya que ajustar la estrategia de “corazones y mentes” a sus justos términos, presumiendo que solo puede funcionar durante periodos cortos, si se realiza un esfuerzo inicial de consideración, se consiguen progresos materiales claramente percibidos por la población y se produce un rápido relevo de las fuerzas multinacionales por otras locales. Hay que evitar, pues, planteamientos de contra-insurgencia que impliquen una presencia prolongada de fuerzas extranjeras, confiando en que los beneficios de la libertad y la actitud amistosa de las tropas ganarán progresivamente los corazones y las mentes de la población local, pues lo que ocurrirá será exactamente lo

contrario. Y si además no se produce una mejora significativa en las condiciones de vida, el rechazo se convertirá en hostilidad abierta.

La dinámica para evitar este fenómeno se basa en intervenciones militares inicialmente potentes, capaces de provocar un efecto de shock que desbarate temporalmente cualquier plan para crear una insurgencia organizada. La “ventana” de relativa estabilidad así conseguida, que quizás dure meses como en Irak, o quizás algunos años como en Afganistán, debe aprovecharse para realizar un esfuerzo aun mayor en el campo de la reconstrucción, la creación de una estructura administrativa y la puesta a punto de fuerzas de seguridad autóctonas. Con ello se ganarán los corazones y las mentes de la población local de una manera realista: haciendo que mejoren sus condiciones de vida y mostrándoles un futuro libre de interferencias extranjeras, y más próspero que el que pueda ofrecerles cualquier insurgencia.

Para que esta transición rápida sea posible, es imprescindible aplicar el viejo principio que nos dejó Sun Tzu: “La victoria se obtiene antes de que comience la batalla.” El plan de transición

y los recursos humanos y financieros para materializarlo deben estar totalmente establecidos antes de comenzar la campaña militar. De hecho, esta última es simplemente un mecanismo de relojería, que proporcionará un periodo de tiempo relativamente seguro, una “ventana de oportunidad”, para que la transición se lleve a cabo con éxito.

Y, sobre todo, hay que asumir que este tipo de operaciones de estabilización, muy susceptibles de enfrentarse con movimientos insurgentes, exigen un esfuerzo inicial muy considerable; tanto en vidas como en dinero. Por eso mismo, deben considerarse como una medida muy excepcional que aplicar sólo en casos en que no sea posible reforzar directamente las fuerzas locales ya existentes, o utilizar un actor regional en esa tarea de estabilización. Con Somalia ya en el horizonte de posibles campañas militares en el futuro, la reflexión sobre las modalidades de intervención y la manera de aplicar una estrategia realista para ganar los corazones y mentes de la población deberían servir para evitar la repetición de los dolorosos errores en Irak y Afganistán. **MR**



El presidente Obama y el general McChrystal.